

Bertolt Brecht

# Schweyk en la Segunda Guerra Mundial

## El círculo de tiza caucasiano

(Teatro completo, 10)

Traducción de Miguel Sáenz



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *Schweyk im Zweiten Weltkrieg*  
*Der kaukasische Kreidekreis*  
(Gesammelte Werke, Bände, 1-3, Stücke)

La edición de esta obra se ha realizado con la ayuda del  
Goethe-Institut

Primera edición: 1996  
Tercera edición: 2019

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto  
Turégano y Lynda Bozarth  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Bertolt-Brecht-Erben/Suhrkamp Verlag, 1967. Todos los derechos reservados y controlados por Suhrkamp Verlag, Berlín  
© de la traducción: Miguel Sáenz  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1996, 2019  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-9181-517-4  
Depósito legal: M. 9.732-2019  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

- 9 Schweyk en la Segunda Guerra Mundial  
106 Sobre la puesta en escena  
109 Observaciones sobre *Schweyk en la Segunda Guerra Mundial*  
111 El círculo de tiza caucásiano  
242 Observaciones sobre *El círculo de tiza caucásiano*



# Schweyk en la Segunda Guerra Mundial\*

\* Copyright 1957 by Suhrkamp Verlag Berlin

## PERSONAJES

Schweyk, vendedor de perros de Praga. Baloun, fotógrafo, su amigo. Anna Kopecka, propietaria de la taberna El Cáliz. El joven Prochazka, hijo de carnicero y admirador de Anna Kopecka. Anna, una criada. Kati, su amiga. Brettschneider, agente de la Gestapo. Bullinger, jefe de escuadra de las SS. Müller II, miembro de las SS. El capellán castrense. Hitler. Himmler. Göring. Goebbels. Von Bock. Comparsas.

## PRÓLOGO EN LAS MÁS ALTAS REGIONES

*Música marcial. Hitler, Göring, Goebbels y Himmler, en torno a un globo terráqueo. Todos son de tamaño mayor que el natural, salvo Goebbels, que es de tamaño menor:*

HITLER

¡Camaradas del Partido! Después de dominar  
a Alemania sin temblar  
puedo ahora someter al mundo entero.  
Sólo necesito tanques, stukas y unos nervios de acero.

*Pone la mano sobre el globo terráqueo. Se extiende una  
mancha de sangre. Göring, Goebbels y Himmler gritan  
«Heil!».*

Pero es preciso que ese impulso no cese,  
mi querido jefe de policía y de las SS:

¿qué piensa el hombre de la calle de mí?

Me refiero no sólo al de aquí  
sino también al de Austria y la Chejai  
(o como se llamen esos países que hay).

¿Está conmigo, con mi cruz gamada  
querrá ayudarme o me dejará en la estacada?

¿Qué piensa él de mí, que domino el Estado y la ora-  
toria, la arquitectura y la guerra...?

¿Qué piensa?

HIMMLER

Yo creo que más bien le aterra.

HITLER

¿Estaría dispuesto al sacrificio y la entrega generosa  
sobre todo si le pidiera alguna cosa?

Porque, por muy listo que yo pueda ser,  
al fin y al cabo soy humano...

HIMMLER

No me lo puedo creer.

HITLER

Eso espero. Pero, como digo,  
el insomnio va siempre conmigo  
y me pregunto: ¿qué piensa el hombre europeo?

HITLER

Mi Führer, sólo puedo decir, por lo que veo,  
que te ama como a un dios, duda no hay,  
y también como a una amante... igual que en Alema-  
nia.

GÖRING, GOEBBELS, HIMMLER

Heil!

1

*En la taberna El Cáliz, Schweyk y Baloun toman su primera cerveza del día. Anna Kopecka, la tabernera, sirve a un hombre de las SS borracho. Junto al mostrador está el joven Prochazka.*

SEÑORA KOPECKA. Se ha tomado ya cinco cervezas y no voy a servirle más, porque no está acostumbrado.

HOMBRE DE LAS SS. Deme otra cerveza, es una orden. Ya sabe lo que eso quiere decir y, si se porta bien y se calla, le diré un secreto y no se arrepentirá.

SEÑORA KOPECKA. No quiero saberlo. Y no le voy a servir más cervezas, para que no vaya por ahí contando sus secretos y luego tenga yo que sufrir las consecuencias.

HOMBRE DE LAS SS. Eso es muy inteligente por su parte: es lo que le hubiera aconsejado. Porque al que conoce ese secreto lo fusilan: han atentado contra Adolf en Múnich. Y se salvó por un pelo.

SEÑORA KOPECKA. Cállese. Está borracho.

SCHWEYK, *amistosamente, desde la mesa vecina*: ¿Qué Adolf es ése? Yo conozco dos. Uno era dependiente de la droguería Pruscha, y ahora está en un campo de concentración por querer vender ácido clorhídrico sólo a los checos, y conozco a otro Adolf Kokoschka, que recogía cacas de perro y hoy está también en un campo de concentración, porque al parecer dijo que la mejor caca es la del bulldog inglés. Ninguno de los dos me da mucha lástima.

HOMBRE DE LAS SS. *Se pone en pie y saluda brazo en alto*: Heil Hitler!

SCHWEYK, *levantándose también y saludando*: Heil Hitler!  
HOMBRE DE LAS SS, *amenazante*: ¿Hay algo que no le guste?

SCHWEYK. Para servirlo, señor SS, me gusta todo.

SEÑORA KOPECKA, *trayendo una cerveza*: Aquí tiene su cerveza, pero se acabó. Y ahora quédese ahí sentado sin divulgar secretos de su Führer que nadie quiere saber. Aquí no se habla de política. *Señala un letrero*: «Tómate tu cerveza o tu aguardiente / y déjate de política si quieres ser mi cliente. Anna Kopecka». Yo tengo una taberna. Si entra alguien y me pide una cerveza, se la sirvo; y eso es todo.

EL JOVEN PROCHAZKA, *cuando ella vuelve al mostrador*: ¿Por qué no deja divertirse a sus clientes, señora Anna?

SEÑORA KOPECKA. Porque los nazis me cerrarían la taberna, señor Prochazka.

SCHWEYK, *volviendo a sentarse*: Si atentaron contra Hitler, no estuvo mal.

SEÑORA KOPECKA. Cállese usted también, señor Schweyk. Eso no es asunto suyo.

SCHWEYK. Puede haber ocurrido porque escasean las patatas. Eso la gente no lo aguanta. Pero la culpa es del orden: todo está repartido y cada manojito de perejil significa un cupón de la cartilla de racionamiento. Dicen que Hitler ha implantado más orden del que se hubiera creído humanamente posible. Cuando hay abundancia, no hay orden. ¿Por qué? Porque si, por ejemplo, vendo un teckel, en el bolsillo tengo billetes, monedas de diez y monedas de cinco, todo revuelto. En cambio, cuando estoy sin blanca, probablemente

tendré sólo un billete de una corona y una moneda de diez... ¿Qué desorden puede haber? En Italia, cuando vino Mussolini, los trenes dejaron de llegar con retraso. Pero ha habido ya siete u ocho atentados contra él.

SEÑORA KOPECKA. No diga bobadas y tómesese su cerveza. Si ha pasado algo, lo pagaremos todos.

SCHWEYK. Lo que no comprendo, Baloun, es que esa noticia te deje cabizbajo; en Praga debes de ser una excepción.

BALOUN. Es muy fácil decir que, con una guerra así, los alimentos escasean necesariamente, pero, con todas esas cartillas de racionamiento y mis veinte gramos de carne por semana, no he hecho una comida decente desde el día del Corpus del año pasado. *Señalando al hombre de las SS*: A ellos no les parece mal: mira qué bien alimentados están. Tengo que preguntarle algo. *Dirigiéndose al hombre de las SS*: Señor vecino, si me permite la pregunta, ¿qué ha comido este mediodía para estar ahora tan sediento? Apuesto a que algo con pimienta, ¿tal vez un gulasch?

HOMBRE DE LAS SS. Eso no le importa, es secreto militar... Picadillo de carne.

BALOUN. Con salsa. ¿Y verduritas frescas? No quiero que me revele ningún secreto, pero, si era berza, ¿estaba bien cocida? Porque de eso depende todo. Bueno, en Preslau, antes de Hitler, con perdón, me comí un picadillo de carne en El Cisne mejor que en el Plattner.

SEÑORA KOPECKA, a Schweyk: ¿No podría apartar al señor Baloun de ese hombre de las SS? Ayer le hizo tantas preguntas al señor Brettschneider de la Gestapo

—no sé por dónde andará hoy— sobre las raciones del ejército alemán, que casi lo detiene por espía.

SCHWEYK. No hay nada que hacer. Comer es su vicio.

BALOUN, *al hombre de las SS*: ¿Sabe usted si los alemanes reclutan en Praga voluntarios para la campaña de Rusia y si esos voluntarios comen raciones tan grandes como las del ejército alemán, o se trata de un rumor falso?

SEÑORA KOPECKA. Señor Baloun, no moleste al señor, que no está ahora de servicio; como checo, tendría que avergonzarse de hacer esas preguntas.

BALOUN, *sintiéndose culpable*: No lo he hecho con mala intención. Sólo era una pregunta inocente; ya sé cómo piensa, señora Kopecka.

SEÑORA KOPECKA. Yo no pienso nada, tengo una taberna. Y quiero que mis clientes se comporten como es debido. Señor Baloun, usted es un caso.

HOMBRE DE LAS SS. ¿Quiere alistarse como voluntario?

BALOUN. Sólo preguntaba.

HOMBRE DE LAS SS. Si quiere, puedo llevarlo a la oficina de reclutamiento. El rancho es excelente, por si le interesa: Ucrania será el granero del Tercer Reich. Cuando estuvimos en Holanda, mandé tantos paquetes a casa que hasta me acordé de mi tía, a la que no puedo soportar. Heitler!

BALOUN, *levantándose también*: Heil Hitler!

SCHWEYK, *que se le ha aproximado*: No debes decir «Heil Hitler», sino, lo mismo que el señor, que entiende: «Heitler». Eso indicará que estás acostumbrado y que lo dices, en casa, hasta dormido.

SEÑORA KOPECKA, *sirviendo al hombre de las SS un vaso de aguardiente*: Tómese esto también.

HOMBRE DE LAS SS, *abrazando a Baloun*: ¿Así que te quieres enrolar como voluntario para luchar contra los bolcheviques? Eso me gusta. Eres un checo de mierda, pero sensato, te llevaré a la oficina de reclutamiento.

SEÑORA KOPECKA, *obligándolo a sentarse*: Bébase su aguardiente, lo calmará. *A Baloun*. Me dan ganas de echarlo de aquí. No tiene dignidad, y la culpa es de esa voracidad anormal. ¿Conoce la canción que se canta ahora? Se la voy a cantar. Sólo se ha tomado dos cervezas, de manera que todavía será capaz de enterarse. *Canta la «Canción de la mujer del soldado nazi»:*

¿Y qué recibió la mujer del soldado  
de la antigua ciudad de Praga?

De Praga recibió unos zapatos altos.

Un saludo y unos zapatos altos.

Eso recibió de la ciudad de Praga.

¿Y qué recibió la mujer del soldado  
de Varsovia, a orillas del Vístula?

De Varsovia recibió una blusa de lino.

¡De colores y típica, la blusa de lino!

Eso recibió de orillas del Vístula.

¿Y qué recibió la mujer del soldado  
de Oslo, la que mira al Sund?

De Oslo recibió una estola de piel.

¡Espero que te guste esa estola de piel!

Eso recibió de Oslo a orillas del Sund.

¿Y qué recibió la mujer del soldado  
de la rica ciudad de Rotterdam?

De Rotterdam recibió un sombrero.  
Le sentaba muy bien el sombrero  
que recibió de la Rotterdam holandesa.

¿Y qué recibió la mujer del soldado  
de Bruselas, en el país de los belgas?  
De Bruselas recibió unos raros encajes.  
¡Ahora eran suyos los raros encajes!  
Eso recibió del país de los belgas.

¿Y qué recibió la mujer del soldado  
de París, la ciudad de la luz?  
De París recibió un vestido de seda.  
Para envidia de otras, un vestido de seda.  
Eso recibió de París.

¿Y qué recibió la mujer del soldado  
de la Libia desierta, de Trípoli?  
De Trípoli recibió la cadenita,  
un amuleto y, de cobre, la cadenita.  
Eso recibió de Trípoli.

¿Y qué recibió la mujer del soldado  
de un país muy lejano, de Rusia?  
De Rusia recibió su velo de viuda.  
Para el funeral, su velo de viuda.  
Eso recibió de Rusia.

*El hombre de las SS asiente encantado al final de cada estrofa pero, antes de la última, deja caer la cabeza sobre la mesa, completamente borracho.*

SCHWEYK. Una canción muy bonita. *A Baloun*. Que demuestra que tienes que pensártelo dos veces antes de hacer algo sin pensar. Que no se te ocurra irte a Rusia con Hitler por esas raciones abundantes, para después congelarte allí, zoquete.

BALOUN, *conmovido por la canción, ha apoyado la cabeza en los codos y ha empezado a sollozar*: ¡Jesús, María y José! ¿Qué va a ser de mí con esta hambre que tengo? Ayudadme a hacer algo, porque si no estaré perdido: no se puede ser buen checo con el estómago vacío.

SCHWEYK. Si juras por la Virgen que nunca te enrolarás como voluntario para comer, lo cumplirás. *A la Sra. Kopecka*: Él es creyente. Pero ¿sería capaz de jurar eso? No...

BALOUN. No puedo jurar en falso, eso no es una broma.

SEÑORA KOPECKA. Es terrible. Es usted una persona adulta...

BALOUN. Pero débil.

SCHWEYK. Si te pusieran delante un plato de cerdo y te dijeran: «Come, degenerado, pero jura que seguirás siendo un buen checo», lo jurarías, claro que sí; es decir, sólo habría que agarrar el plato y quitártelo si no jurabas, y daría resultado.

BALOUN. Eso es verdad, pero habría que agarrar bien el plato.

SCHWEYK. Y sólo lo cumplirías si hubieras jurado de rodillas, sobre la Biblia y delante de todos, ¿verdad? *Baloun asiente*.

SEÑORA KOPECKA. Casi me gustaría hacer la prueba. *Vuelve al lado del joven Prochazka*.

EL JOVEN PROCHAZKA. Sólo con oírla cantar, tengo que contenerme.

SEÑORA KOPECKA, *distraída*: ¿Por qué?

EL JOVEN PROCHAZKA. Es el amor.

SEÑORA KOPECKA. ¿Y cómo sabe que es el amor y no un capricho pasajero?

EL JOVEN PROCHAZKA. Señora Anna, lo sé. Ayer le envolví a una cliente su propio bolso en lugar de un filete, y tuve problemas con mi padre por andar pensando en usted. Y todas las mañanas me duele la cabeza. Es el amor.

SEÑORA KOPECKA. Entonces habrá que preguntarse cómo es de grande su amor, ¿no?

EL JOVEN PROCHAZKA. ¿Qué quiere decir, señora Anna?

SEÑORA KOPECKA. Quiero decir que hasta dónde llega ese amor. Quizá sea sólo un estornudo, como ha ocurrido a veces.

EL JOVEN PROCHAZKA. Señora Anna, me parte el alma con esa acusación tan fría, que tengo que rechazar. Mi amor llegaría a todo si fuera bien recibido. Pero eso es precisamente lo que falta.

SEÑORA KOPECKA. Me pregunto, por ejemplo, si llegaría hasta dos libras de carne ahumada.

EL JOVEN PROCHAZKA. ¡Señora Anna! ¿Cómo puede ser tan materialista en un momento así?

SEÑORA KOPECKA, *volviéndose para contar las botellas*: ¿Lo ve? Ya le parece demasiado.

EL JOVEN PROCHAZKA, *sacudiendo la cabeza*: Sigo sin entenderla. Somos barcos que se cruzan en la noche, señora Anna.

BALOUN, *desesperado*: La culpa no es de la guerra, esta voracidad es una enfermedad muy antigua. A causa de

ella, mi hermana, en cuya casa vivía antes, fue en peregrinación con sus hijos a Klokota. Pero ni siquiera Klokota sirvió de nada. Mi hermana volvió de la peregrinación con sus hijos y empezó a contar las gallinas. Faltaban una o dos. Pero no pude evitarlo; sabía que, por los huevos, las gallinas hacen falta en una granja, pero, en cuanto ella salía, se me iban los ojos hacia las gallinas y sentía un agujero en el estómago. Una hora después, yo me sentía muy bien y la gallina estaba ya desplumada. Posiblemente no tenga remedio.

EL JOVEN PROCHAZKA. ¿Lo dice en serio?

SEÑORA KOPECKA. Totalmente en serio.

EL JOVEN PROCHAZKA. Señora Anna, ¿cuándo quiere esas dos libras de carne? ¿Mañana?

SEÑORA KOPECKA. ¿No hace esa promesa demasiado a la ligera? Tendría que sacar la carne de la carnicería de su padre sin permiso ni cartilla de racionamiento, lo que quiere decir mercado negro y, si te descubren, te fusilan.

EL JOVEN PROCHAZKA. ¿De verdad cree que no me dejaría fusilar por usted si supiera que con eso conseguiría algo?

*Schweyk y Baloun han seguido la conversación.*

SCHWEYK, *con aprobación*: Así debe ser un hombre enamorado. En Pilsen, un muchacho se ahorcó de la viga de un granero por una viuda, no muy joven además, porque en una conversación le insinuó que era incapaz de hacer nada por ella; y otro, en El Oso, se abrió las venas en el baño porque la camarera había servido

antes a otro cliente, un padre de familia. Unos días más tarde, dos muchachos se tiraron al Moldava, desde el puente del Emperador Carlos, por cierta persona, aunque esta vez fue por dinero: dicen que era rica.

SEÑORA KOPECKA. Tengo que reconocer, como mujer, que esas cosas no se oyen todos los días, señor Prochazka.

EL JOVEN PROCHAZKA. ¿Verdad que no? Le traeré la carne mañana al mediodía. ¿Le bastará?

SEÑORA KOPECKA. No quisiera que corriera peligro, pero es para una buena causa, no para mí. Ya lo ha visto: el señor Baloun tiene que tener una comida con carne como es debido para que no le entren malas ideas.

EL JOVEN PROCHAZKA. De manera que no quiere que yo corra peligro... ¿Se le ha escapado, no? Pero no lo retire, porque me hace feliz. Señora Anna, está decidido: puede contar con esa carne ahumada, aunque me cueste la vida.

SEÑORA KOPECKA. Vuelva mañana al mediodía, señor Baloun, no le prometo nada, pero parece que podrá tener una buena comida.

BALOUN. Con una sola comida más, me podría librar de los malos pensamientos. Pero no quiero empezar a alegrarme hasta que la tenga delante, estoy demasiado escarmentado.

SCHWEYK, *inclinándose sobre el hombre de las SS*: Creo que se habrá olvidado de todo cuando despierte, está borracho. *Gritándole al oído*: ¡Viva Benesch! *Al ver que el otro no se mueve*: Ésa es la prueba más segura de que está sin conocimiento. Si no, me hubiera dejado hecho una mierda, porque tienen miedo.

*Entra Brettschneider, agente de la Gestapo.*

BRETTSCHNEIDER. ¿Quién tiene miedo?

SCHWEYK, *con aplomo*: Los hombres de las SS. Siéntese con nosotros, señor Brettschneider. Una cerveza para el señor, señora Kopecka, hoy hace calor.

BRETTSCHNEIDER. ¿Y de qué tienen miedo en su opinión?

SCHWEYK. De descuidarse y decir algo que sea alta traición, o qué sé yo qué. Pero quizá quiera usted leer su periódico tranquilo y le esté molestando.

BRETTSCHNEIDER, *se sienta, con su periódico*: A mí no me molesta nadie si lo que dice es interesante. Señora Kopecka, hoy está usted otra vez como una flor de mayo.

SEÑORA KOPECKA, *poniéndole delante una cerveza*: Pongamos que de junio.

EL JOVEN PROCHAZKA, *cuando ella vuelve al mostrador*: Si yo estuviera en su lugar, no le permitiría tomarse esas libertades.

BRETTSCHNEIDER, *desplegando el periódico*: Es una edición especial. Le han puesto una bomba al Führer en una cervecería de Múnich. ¿Qué le parece?

SCHWEYK. ¿Ha sufrido mucho?

BRETTSCHNEIDER. No resultó herido porque la bomba explotó demasiado tarde.

SCHWEYK. Probablemente era barata. Hoy se fabrica todo en serie y luego se extrañan de la mala calidad. ¿Por qué no fabrican un artículo así con amor, como antes cuando todo se hacía a mano? ¿No le parece? No elegir una bomba mejor teniendo una oportunidad así es un descuido imperdonable. En Cesky Krumov había un matarife...

BRETTSCHNEIDER, *interrumpiéndolo*: ¿Llama a eso un descuido, el que casi maten al Führer?

SCHWEYK. La palabra «casi» es a menudo engañosa, señor Brettschneider. En el 38, cuando a los checos nos vendieron en Múnich, casi fuimos a la guerra pero lo perdimos casi todo por quedarnos quietos. Y en la Primera Guerra Mundial, Austria casi venció a Serbia y Alemania casi a Francia. No se puede uno fiar de esos «casi».

BRETTSCHNEIDER. Siga hablando, es interesante. Tiene usted clientes muy interesantes, señora Kopecka, que saben mucho de política.

SEÑORA KOPECKA. Todos los clientes son iguales. Para los que tenemos un establecimiento público, no hay política. Y, señor Brettschneider, le agradecería que no indujera a mis clientes a hacer declaraciones políticas para poder meterlos en la cárcel. En cuanto a usted, señor Schweyk, se le aplica la regla de la casa: paga tu cerveza, siéntate y di lo que te dé la gana, pero, señor Schweyk, para dos cervezas ya ha dicho bastante.

BRETTSCHNEIDER. Tengo la impresión de que usted no hubiera considerado una gran pérdida para el protectorado checo que el Führer hubiera muerto.

SCHWEYK. Habría sido una pérdida, eso no puede negarse. Y además una pérdida tremenda. A Hitler no se le puede sustituir por cualquier idiota. Muchos despotrican contra él y no me extraña que lo ataquen.

BRETTSCHNEIDER, *esperanzado*: ¿Qué quiere decir?

SCHWEYK, *animadamente*: Los grandes hombres no gozan nunca de la simpatía de la gente corriente, como escribió una vez un redactor de *Campo y Jardín*. ¿Por

qué? Porque no los entiende y porque considera todo superfluo, hasta el heroísmo. El hombre de la calle se caga en las grandes épocas, porque lo que él quiere es poder ir un ratito a la taberna y comerse su gulasch por la noche. ¿Cómo no se va a amargar un estadista con semejante chusma, cuando el pobre tiene que meterles en la cabeza el catón? Para un gran hombre, el pueblo bajo es como un tiro en la pierna; como si le dieran a Baloun para cenar una salchicha con el apetito que se gasta... No tendría ni para empezar. No me gustaría oír cómo maldicen de nosotros los grandes hombres cuando se reúnen.

BRETTSCHNEIDER. ¿Opina usted que el pueblo alemán no está con su Führer? ¿Qué refunfuña?

SEÑORA KOPECKA. Señores, se lo ruego, hablen de otra cosa, no tiene ningún sentido, los tiempos son demasiado graves.

SCHWEYK, *bebiendo un buen trago de cerveza*: El pueblo alemán está con su Führer, señor Brettschneider, eso no puede negarse. Como dijo el Mariscal Göring: «No siempre se comprende enseguida al Führer... Es demasiado grande». Y él tiene que saberlo. *Confidencialmente*: Es increíble las trabas que le ponen al Führer en cuanto tiene alguna de sus ideas, incluso los de arriba. He oído decir que, el otoño pasado, quiso construir un edificio que llegara de Leipzig a Dresde, un templo para recordar a Alemania cuando hubiera desaparecido a causa de un gran plan que había previsto en todos sus detalles, y entonces en el Ministerio empezaron a mover la cabeza diciendo que era «demasiado grandioso», porque no comprenden lo incompre-